

# MERODEANDO el ABISMO



THE IX AGE  
BATALLAS FANTÁSTICAS

# THE IX AGE

## BATALLAS FANTÁSTICAS

### MERODEANDO el ABISMO

Merodeando el Abismo (953 A.S) - Un relato prohibido que se extiende entre las bibliotecas de peor fama a lo largo de Vetia

**Autor**

Edward Murdoch

**Revisión de textos**

John Wallis, Joël Fivat, Evan Switzer,  
Bekrentchir Mohamed

**Ilustración**

Matti Pajuniemi (pg 5, 6, 14),  
David Way (pg 4, 7, 12, 13, 15, 22)  
Paweł Jakub Górecki (pg 9, 10, 17, 19, 20),  
Casp & Rotten Factory

**Diseño gráfico**

David Way

**Traducción**

César Beltrán, Jesús Casas

25 abril 2019

# I

## Nazario Calegari llega a las puertas del Infierno

Desperté de mi delirio para encontrarme en un oscuro y retorcido dominio rocoso, bajo un cielo que se fundía y dividía en un caleidoscopio de torbellinos de colores y tonalidades desconocidas para nuestro mundo. Me levanté y tambaleé hacia delante, en busca de un camino a través de los peñascos entre los que me había despertado. Tras de mí llegó un gruñido que heló mi sangre, si es que la sangre aún fluía por mi ser en este lugar. Girándome contemplé un gran mastín con tres cabezas, su mirada clavada en mí, postrado desafiante, bloqueando el camino que conducía de vuelta a mi anterior vida.

Aguardando el ataque del can en cualquier instante, me abalancé de frente, interponiendo obstáculos entre mí y la bestia, aspirando a bocanadas, hasta que tropecé con un peñasco y caí. En ese preciso momento me encontró mi guía. De pie, imperturbable, encorsetado en su pesada armadura de Guerrero y ataviado con un manto verde bordado con la enseña de Kuulima.

Su cara, pese a apuesta, evocaba amargura. Un semblante que se me asemejaba como extrañamente familiar, aunque no sabría decir la procedencia de esa sensación. Sin embargo, agradecí su ayuda con el fervor propio de un hermano:

—Amable caballero, ¿Quién sois que habéis evitado mi desgracia? ¿Que os unís a mi en este momento a compartir la carga de esta tierra desolada? Tierra a la que he llegado, tierra que quizás no alcance a abandonar.

Me contempló largamente, antes de darme respuesta, quizás sopesando mi valía, quizás considerando el imperativo que le había llevado a socorrerme. Tras meditarlo, comenzó:

—Tú no puedes ser la criatura dócil que aparentas ser pues el pasaje a esta tierra está vedado para los débiles de espíritu. La carne mortal aborrece este sitio. Te sugiero recuperes tu voluntad y determinación, si pretendes sobrevivir a esta odisea. Muchos no lo hacen. En cuanto a mi nombre, así como fue, no ha sido pronunciado en siglos, salvo por aquellos que lo dañarían con sus ácidas lenguas. Llámame Traidor. Yo elijo las cadenas con que ellos me encadenarían. Ahora, ven.

Con esto se alejó a zancadas, o al menos eso aparentó. Este Reino Inmortal, como supe debe ser, se adaptaba a mis pensamientos e intenciones, fluyendo de una posición a la siguiente, y yo seguí al Traidor como bien pude. Alrededor de mí, distante pero claro ante mis ojos, otras esferas relucían en el vacío arremolinado, y por un momento percibí un claro consagrado a una deidad élfica, y una gran fortificación de roca dedicada a un dios de los enanos. Desapareciendo tan rápido como aparecían, percibí este lugar en que me hallaba como uno entre muchos, la mirada de dominios de un único Reino.

Horas después - o meros instantes - llegamos a la orilla de un gran río. Ahora sé que cada uno encuentra su propio medio para llegar a las tierras más allá. Para mí fue un profundo y oscuro canal, cuyos remolinos no producían el sonido normal del fluir del agua, sino los lamentos de innumerables almas.

En los márgenes del río, aguas arriba, observé un enorme campamento, hogar de decenas, quizá centenas de miles. No tuve la oportunidad de estudiar esta harapienta ciudad en detalle, pero vislumbré una gran diversidad de humanos y otras especies realizando sus

negocios y quehaceres. Muchos llevaban las vestimentas de los Makhar, los Åsklanders, y todo tipo de tribus primitivas. He llegado a la conclusión de que era ahí, a la vista del mismo Infierno, donde aquellos que veneran a los Dioses Oscuros encuentran la vida más allá de la muerte, en recompensa por su fe. En contraste, los sucesos que atestiguaría en los reinos más allá del río son pertenencia exclusiva de aquellos que han juramentado sus almas, sellando un pacto con uno de los Siete, para obtener poder en sus vidas mortales.

Una forma se averiguaba en el centro del río: un bote, que avanzaba lenta pero inexorablemente hacia nuestra orilla. Empujando la embarcación con una larga pértiga, la apariencia del barquero resultaba de lo más enigmática. Ahora un vigoroso bruto impulsaba la embarcación, ahora una monstruosidad amorfa que se retorcía en todas direcciones. Finalmente fijándose en una figura encapuchada y silenciosa, el bote llegó hasta nosotros, su centinela custodiando la entrada al Reino de más allá.

Y qué Reino. Al otro lado de la lejana orilla, en dimensiones tan indescriptibles como inconcebibles, se entrecruzaban siete anillos, por encima, por debajo, entre y a través de sí. Como un truco de juglar, aquellos círculos intercambiaban posición, cada uno subiendo hasta la superficie, o hundiéndose profundamente. Bajo todo este caótico baile, una fuerza más profunda palpaba, una emanación de poder y un vacío avaricioso, todo a la vez. Cada anillo parecía empujar hacia esta fuerza, solo para ser suplantado por otro y otro y otro...

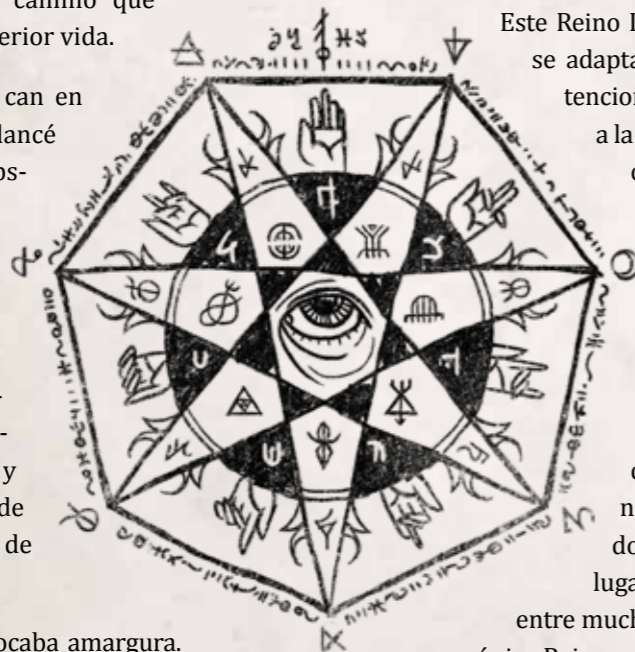
Finalmente, alcancé a entender lo que estaba sucediendo. Percibiendo mi comprensión de la situación, el Traidor esbozó una sonrisa de superioridad.

—Pocos mortales reciben la oportunidad de andar por los caminos del Infierno. Si resultas afortunado, quizás consigas permiso para salir de nuevo, conmigo. Ahora, continuemos. El Padre, y los Siete, no son pacientes, y tú te encuentras ante sus puertas.

Con esto, subió a bordo del bote. Yo me armé de valor,

osando creer que este viaje era una bendición, pues, si no por la protección de una fuerza mayor, ¿cómo podría haber llegado a esta tierra sin ser aniquilado por su candente magia concentrada?

El bote navegó a la deriva sigilosamente, adentrándose en esa oscura agua, y los niveles cambiantes del Abismo se aproximaron más que nunca.



# II

## Oro Deslustrado, El Ocaso de los Bettini

Entrando en el Anillo de Sugulag, el suelo bajo mis pies crujió y tintineó, produciendo el sonido metálico de miles de monedas desparramándose a mi alrededor. Monedas de todas las naciones alfombraban el lugar, acuñadas con los retratos de monarcas muertos tiempo ha, o quizás todavía por nacer. Sin embargo, no se trataban de meros objetos mundanos; aquellas caras sonreían o gritaban, reían a carcajadas o lloraban a cántaros, tanto que temí dar un paso más.

Mi guía siguió avanzando, despreciando tales preocupaciones y yo fui arrastrado en su estela, tembloroso ante los lamentos amortiguados bajo mis pies, seguro de que cada uno de ellos era un alma mortal atada a servir al Gran Acaparador.

Con el tiempo llegamos a un lugar donde almas con forma humana trabajaban sin descanso. Cada una empujaba o tiraba de pesadas cargas, sin embargo éstas carecían de destino o valor. Algunas estaban desnudas, despojadas de sus ropajes junto con su dignidad. Otras, todavía conservaban harapos y jirones de las ropas que un día llevaron en su vida mortal. Para mi sorpresa, reconocí la cara de uno de los condenados ataviado con una andrajosa túnica clerical.

—¡Alessandro Bettini! —grité—. Mi viejo amigo. ¿Qué desgracias te han traído a este lugar? Sé que tu familia se encuentra entre las más devotas de todo Pontefreddo. Nunca hubiese imaginado que fueras un servidor de los Dioses Oscuros.

Mi viejo camarada y confidente me devolvió una mirada de incredulidad, sin cesar en su extenuante tarea.

—Nazario! ¿Cómo tú en este tétrico paraje, sin cadenas que te aten ni cargas que soportar? ¡De ninguna manera! Tú eres más real que cualquier espíritu en este lugar. Escucha bien mi historia, no sea encuentres tu alma en este mismo atolladero.

»Nuestra ciudad, otrora próspera, pasaba por tiempos arduos, pues sufrimos la más escasa cosecha de que

tengo memoria. Siendo mi familia dependiente del grano para nuestras arcas y estatus, y con los ingresos en receso, me correspondió defender al apellido Bettini de aquellos que lo demolerían sin piedad. El nombramiento a la oficina episcopal resulta de un gran valor para aquellos que desean ascender rápido, y así fui capaz de cumplir muchas ambiciones... por un precio.

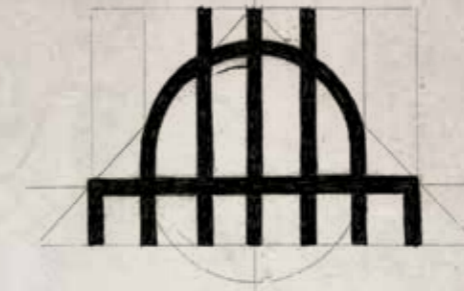


Con esta charla de riqueza y beneficios, Alessandro parecía al límite de la alegría. Tal emoción no podía mantenerse en esos dominios y el peso de su carga pareció triplicarse, tal que los grandes esfuerzos de mi amigo apenas conseguían moverla. Aun así, no tomó respiro alguno en su extenuante tarea - o más bien no pudo.

—Cuando los Ancianos supieron de mis actos, se vengaron sin piedad alguna, para tratar de ocultar los innumerables actos de corrupción de los que ellos mismos se habrían lucrado en un pasado. A la espera de mi ejecución, un siervo de Sugulag me ofreció una vía a la redención: Jurar, librarme de mis cadenas y alzar la ciudad contra las desdichas que la aprisionaban, y la gloria eterna podría ser mía.

En ese momento, la voluntad del una vez obispo se quebró bajo su angustia, rompiendo a llorar, mas todavía reptando hacia delante. Me di la vuelta y me uní de nuevo al Traidor en un camino que discurría entre cofres de hierro forjado que mostraban crueles dientes y manchas de sangre. A petición mía, mi taciturno mentor narró la historia sobre el destino de los Bettini.

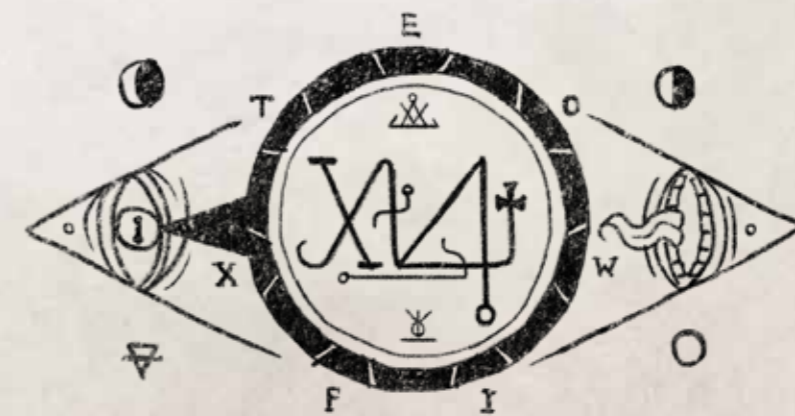
—Una rebelión rápida, y sangrienta. Él hizo bien en convertir a tantos en secreto, suficientes para que la



ciudad de Pontefreddo temblase hasta los cimientos. Mas careció de la convicción suficiente para expresar la ventaja, le faltó el afán para ver la ciudad demolida. Las ambiciones escasas no llaman la atención de los Maestros Oscuros; satisfacerse con un pueblo, una ciudad, una familia, no es pues mostrar mediocridad. Bettini no era más que una bestia desgraciada justo ante su final.

Asentí seriamente, comprendiendo que la excomunión de la Iglesia era una preocupación pequeña en comparación al destino que aguarda a aquellos que decepcionan a su Dios Oscuro. Aquí, en este lugar de caos y cambio, el tormento llega en formas que no pueden ser descritas con palabras mortales.

Una vez impartida la lección, el Traidor se dirigió hacia el borde de este Anillo, a través de una estrecha arca cubierta de visiones de las posesiones mundanas abandonadas como tributo por aquellos que hubieran recorrido este camino, avanzando más hacia el Vacío. Tras una breve pausa, tomé el medallón muestra de mi cargo, colgándolo de la arca. Mi guía eligió un pago más...visceral, empuñando un filo, hendió la palma de su mano, derramando gotas de sangre sobre el suelo. Dirigiéndome una sonrisa lobuna me miró antes de desaparecer a través del portal.



# III

## Apetitos Insaciados, Sabores Familiares

Pardas nubes pútridas se arremolinaban sobre mí, al encontrarme en el Anillo de Akaan. Sentí que la humedad colmaba el aire mientras una terrible lluvia de oscuro y viscoso líquido precipitaba de esa niebla, manchando el mismo suelo. Nos refugiamos por un rato bajo una roca saliente, y observé el terreno pulido y erosionado por el aluvión. Supe que tan solo mi propósito aislaba a mi cuerpo de un destino similar.

Estaba claro que el torrente no cesaría pronto, si es que algún día cesaba, así que nos adentramos de lleno en la tormenta para cruzar aquel hambriento y estéril paraje, llegando tras cierto tiempo a la entrada de un gran valle. Afilados pináculos de roca custodiaban sus dominios, y por un momento mi visión cambió y percibí éstos como unas terribles fauces, preparadas para consumir el mundo. Tras un parpadeo, vi piedra y tierra de nuevo, mas no pude evitar estremecerme al avanzar.

Tras continuar una corta distancia en la sombra del cañón, me topé con ecos que reverberaban y se hacían más fuertes a cada segundo. Al principio, los sonidos carecían de forma o amenaza alguna, pero pronto se tornaron en un esclavizante gruñido arrancado de un millar de gargantas al tiempo. Torciendo una esquina, nos encontramos con una jauría de bestias, tan perturbadoras en apariencia como peligrosas en realidad.

A menudo referidas como moscas hinchadas, se pueden presenciar en nuestro propio Reino, adoptando formas corpulentas con finas alas que desafían la gravedad levitando grotescamente. Atacan y consumen a cualquier ser vivo, con más bocas de las que ninguna criatura debería poseer. Tal es la naturaleza de su horrenda faz, que yo mismo he atestiguado al más talentoso de los duelistas quedar perplejos, sin saber dónde atacar, tan solo para sobreponerse a su repugnancia, golpear a tuestas y abrir una herida que borbota gotas de icor mortal.

En el Reino Inmortal, su fisiología resultaba, si cabe, más perturbadora de observar. A cada momento aparecía otra boca u otra fila de dientes, mientras se

movían sobre patas anti-natura, colas serpenteantes o simplemente flotando en el aire; como un dirigible compuesto por mandíbulas llenas de colmillos. Nos observaban con atención mientras se acercaban de manera insólita hacia nosotros.

Tras de mí, un crujido hizo que dirigiese mi mirada hacia el Traidor, quien tranquilamente alcanzó un zurrón, y sacó pedazos de supurante carne. Con aire indiferente, los arrojó a un lado del cañón, guiándome hacia el lado contrario. Mientras evitábamos las bestias, ahora ocupadas con su festín, mi guía explicó:

—La mayoría de los demonios, la mayoría de los inmortales, no podrían consumir objetos procedentes de nuestro mundo, así como tu no podrías consumir magia pura. Al menos, no sin las protecciones de nuestros Amos. Aquellos que sirven a Akaan no son como los demás. Las armas mortales quizás lleguen a herirlos, pero ellos ansían devorar los restos del mundo que el Devorador anhela consumir. —Con esto me sonrió, con un cruel destello en su mirada—. Tu forma carnosa podría haber servido como festín, si tu propósito no te hubiese protegido. Aún así, será mejor no poner a prueba su obediencia en contra de su apetito. El resultado nunca es totalmente seguro.

Continuamos en silencio por un tiempo, mientras el valle oscurecía, y lo que alumbraba el cielo en este Reino se estrechó hasta convertirse en una minúscula astilla de luz pálida. Desde la oscuridad que nos precedía, llegaron nuevos sonidos: la repulsiva masticación de carne cruda entre dientes romos. Alcanzando la fuente de esos ruidos, formas borrosas se tornaban en figuras agachadas, cada una agarrando un pedazo de carne. Ninguna me dirigió la mirada, o siquiera alzó su vista del suelo y su horrible tarea.

La única que osó moverse, se arrastró a nuestro paso, alcanzando la fuente de su impío alimento: una forma humana, con pedazos rasgados de la misma, parecía recomponerse mientras era consumida en una condena perpetua. Al final, mirando más claramente a

su cara, pude discernir el verdadero horror de su angustia.

El cuerpo de que se alimentaba tenía un asombroso parecido a ella misma, como si se tratase de un familiar, una hija. Un torrente de lágrimas recorría su cara, y mis propios ojos se humedecieron con lágrimas antes de que apartara la mirada de la terrible escena para tambalearme hacia lo profundo del cañón y escapar de este horrible lugar, seguido del oscuro sonido de la risa entre dientes del Traidor.



# IV

## El Bosque Desolado, Los Sueños del Traidor

El tiempo se ralentizaba y estiraba mientras entraba en el Anillo de Nukuja, pareciendo como si el aire mismo se cuajara. El letargo se instauró sobre mí, como frío aire empapando mis huesos, hasta que me desplomé bajo el peso de mi apatía. Incluso el Traidor, tan seguro en sus actos, pareció dudar y flaquear bajo esa terrible carga.

Ante nosotros, la fuente de nuestra abulia pronto se mostraría, mientras formas emergían de la neblina del lugar. Árboles de mil formas se esparcían por el paisaje, formas atrofiadas, sus troncos y ramas retorcidas, sus nudos y huecos que parecían dibujar angustiosas caras.

Un graznido chirriante emitido por una de esas apariciones llamó mi atención, mas no alcancé el vigor necesario para avanzar hacia ella hasta que oí mi propio nombre. Acercándome más, escuché un susurro seco, como el crujido de hojas marchitas.

—No me conoces, pero yo te conozco a ti Nazario Calegari, ilustre de Pontefreddo, destinado a la grandeza desde el momento que empezaste a respirar, cuando yo no era más que un humilde ciudadano de esa noble ciudad hace mucho, mucho tiempo. Ahora tú coqueteas con el Padre, quien requerirá tus talentos para sí mismo, para extender su gloria y las crónicas de sus Siete. Ahora caminas sobre la palma de su mano.

»Ten cuidado Calegari de andar por el buen camino. Elige mal, y el cálido manto del Padre Caos podría caer de tus hombros. Aquellos que una vez caminaron en este ámbito rara vez se sienten cómodos en el frío. Si logras escapar a la desgracia, recuerda esto en años venideros. Bajo la luna roja, cuando los cuernos suenan y el suelo tiembla, todos deben espolear hacia el oeste y combatir la amenaza élfica, antes de que concluya el ritual.

Finalmente, murmurando como un soplo de aire, obligándome a acercarme para escuchar:



—No confíes en el Traidor. Se ha ganado el nombre a pulso. Él ansía el favor del Padre, y servirá fielmente mientras ello se ajuste a sus fines. Confiar en su buena fe es casarse con la ruina, tal como su Amante descubrió por un precio. Atento, nuestro carcelero se aproxima.

Con esto, el árbol se quedó silencioso. Girándome, me vi confrontado por otro árbol, más grande y amenazador que cualquier otro. Se alzaba imponente sobre el Traidor y yo, inamovible, aunque estaba seguro de que tal árbol no estaba ahí instantes antes. Más tarde, conocería al Cosechador de Esperanza en la forma que toma en nuestro mundo. Siempre talando seres vivos, estar cerca de ellos significa arriesgar tus miembros y tu vida, pues recolecta energía de sus víctimas y después sus vidas.

Forzado a actuar, arrastré al Traidor fuera de su ensimismamiento, y de ese apenado bosque. Según salíamos de este lugar de pereza, cruzamos una llanura de arena ardiente, donde almas desesperadas eran obligadas a caminar en círculos sin fin, sin más respiro al abrasador dolor que moverse continuamente.

El Traidor musitó con resentimiento unas palabras de agradecimiento a mi ayuda en nuestra huida del Cosechador. Le Inquirí sobre las fantasías que lo habían embelesado tanto para perderlo en esta parte del viaje a través de este Reino.

—Otro tiempo, otro lugar. Mi hogar ha cambiado mucho desde que lo dejé, hace mucho tiempo. Kuulima me ha proporcionado la resistencia para ver mi retorno hecho realidad. Aquellos que han despreciado mi nombre y legado aprenderán lo estúpido de su conducta.

Despertando de su propia ensoñación, nos adentramos juntos, más profundo en el Vacío. Por un breve momento recordé las palabras de aviso sobre mi compañero, aun así sentí una conexión creciente con el taciturno Guerrero de la Envidia.



# V

## Embaucador, Distensión, Unidad y Separación

El Círculo de Kuulima consistía en una panoplia de iconografía e imaginería. Atestigué representaciones y reliquias de religiones Vetianas de nuestros propios tiempos, así como artefactos de Dioses muertos y enterrados hace tiempo. Estandartes y estatuas de todas las naciones adornaban la arquitectura de docenas de culturas. Daba la impresión de ser un museo de Sonnstahl, conteniendo objetos de millares de civilizaciones, o más bien el hogar de un mercader acaudalado, adornado más para el espectáculo que para la elegancia.

El camino ante nosotros cruzaba un puente dorado, rodeado por pedestales que mostraban yelmos de todas las formas, cada uno roto por un golpe que habría tumbado a su anterior dueño, fuera elfo, hombre, enano, orco o cualquier otra criatura. Bajo este brillante enclave discurría un río, sus aguas de un verde brillante y enfermizo. Nunca ningún agua real había siseado y burbujeado como hacía esa corriente.

Según nuestros pies alcanzaron el comienzo del arco, nos vimos enfrentados con una horda de demonios que piaban, trepando desde debajo del puente y desplegándose a lo largo de éste, bloqueando nuestro camino y gruñendo. A cada momento su forma titilaba y cambiaba, adoptando aspectos de mi apariencia: los ropajes con los que me había vestido esa mañana, la poma de bronce que me regaló el Sabio Werdin, las recias botas que adquirí con el consejo de un oficial de caballería años ha.

No se trataba de grandes demonios. Su imagen, se alteraba constantemente, reflejando una falta de voluntad. Parloteaban y mostraban sus dientes en nuestra dirección, con animosidad claramente observable. Pero su atención estaba en mi guía - en ningún momento adoptaron su blindado rostro, mas nunca apartaron la vista de él mientras gruñían. Torció sus labios con desdén mientras miraba fijamente a esas criaturas que bloqueaban su camino, como si simplemente fuera a pisotearlos sobre el suelo en caso de que no se apartaran de su trayectoria.

En una oleada desde la retaguardia de la multitud, las fluctuantes figuras cambiaron súbitamente, minúsculos soldados de forma humanoide, con piel resplandeciente. Entonces, como peces ante un predador, se dispersaron en todas direcciones, desapareciendo de nuestra vista. En su lugar se alzó un ser de apariencia desconcertante. Una coraza brillante de diseño Destrio, emparejada con un centelleante escudo Qassarí, sobre el que lucía resplandeciente la heráldica de Kuulima. Un yelmo como el de un elfo noble que culminaba con una pluma de pelo blanco que caía sobre un gorjal grabado.

El demonio en sí parecía casi humano, aunque ningún humano nunca poseyó estas proporciones, excepto en la pesadilla de algún escultor. Su cabeza aparecía extremadamente grande, con exagerados rasgos, con ojos que quemaban como antorchas y una sonrisa que mostraba dientes agudos extendiéndose mucho más ampliamente de lo humanamente posible. Su piel era de un plateado brillante, esculpida con extraños músculos que parecían fundirse en su armadura. Incluso el arma que portaba, un mandoble de Sonnsthal de una escala absurda, parecía una extensión de sí mismo. Todos estos elementos incongruentes deberían parecer ridículos, la más extraña de todas las criaturas quiméricas, pero me impuso la sensación de una presencia imperiosa.

Ninguna reminiscencia de la inseguridad propia de las entidades menores era visible aquí; este demonio era seguro e inquebrantable. De pie sobre el puente en absoluta compostura, con la espada indiferentemente apoyada en el suelo. Solo la intensidad de aquellos ojos contrariaban su relajada postura. Me sentí totalmente irrelevante ante este callejón sin salida, así como mi compañero se enfurecía bajo el escrutinio del demonio. Tras unos momentos, el aire pareció crepitar con intensidad, y ambos bandos sutilmente flexionaron los miembros y levantaron los brazos.

Este momento se rompió cuando, casi simultáneamente, cada uno asintió de manera prácticamente imperceptible y espetaron al mismo tiempo.

—Traidor.  
—Embaucador.

Aunque eso era todo que necesitaba ser dicho. El Embaucador se apartó del puente, y se quedó a un lado, el camino ante nosotros despejado. Pasando cerca, observé con más detalle la panoplia de adornos que cubrían esa forma bizarra. Tesoros asidos por pétreas manos, marcados con sellos y blasones, con el diseño dominante de una mosca demoníaca. Cruzamos el puente sigilosamente, y recorrimos el Anillo por un tiempo antes de que yo osara romper el silencio.

—Tú sirves al mismo amo que los moradores de este sitio, a menos de que yo haya errado en mis suposiciones. Sin embargo la tensión era palpable entre tú y los guardianes del puente. ¿Acaso no son los demonios aliados de los Guerreros?

Pasaron unos segundos de contemplación antes de recibir respuesta, tiempo durante el cual pasamos una serie de construcciones. El aspecto de cada una de ellas parecía reflejar un estilo arquitectónico distinto, una cacofonía del conflicto que parecía pronta a desmoronarse en cualquier instante.

—Formulas preguntas sin respuesta fácil, sin embargo debes comprender. Tú sabes cuál es el valor otorgado a la libertad propia por aquellos que eligen a los Dioses Oscuros. Es un hecho bien sabido y la razón de que los Guerreros siempre encontrarán tierras fértiles entre los explotados y oprimidos. Entre los demonios, parece que la autonomía es un logro de los poderosos, o quizás una recompensa a los elegidos.

»Por otro lado, los Guerreros esperan y ganan esa libertad en el mismo momento que hacen su juramento, desde el primer paso en los Caminos, mientras que algunos demonios nunca conocerán su dulce sabor. Sin embargo, los demonios ya poseen aquello que los



Guerreros anhelan: la inmortalidad y un lugar cercano a los dioses. Entenderás el agravio que estas diferencias desatan.

El Traidor reflexionó durante un largo momento antes de continuar:

—Como afirmas, yo sirvo al mismo maestro que el Embaucador. Hay algo común en nuestra naturaleza, y podríamos encontrarnos a nuestros bandos luchando por la misma causa en el Reino Mortal. Yo incluso respeto su habilidad. Sé que de combatir, él encontraría lo mejor de mi esencia y lo utilizaría contra mí. Cuanto más fuerte soy yo, más fuerte se hace él. Tal portento es digno de reconocimiento.

Continuamos en un silencio contemplativo, llegando finalmente a atestiguar una de las más extrañas apariciones que encontraría durante mi estancia allí. Me llevó tiempo procesar lo que estaba presenciando: figuras extrañamente bifurcadas, que resultaron ser formas humanas, gradualmente adoptando la apariencia de personas, partidas por la mitad como por obra de un malévolos hacha.

Mas no eran éstos cadáveres abandonados como carroña: ojos parpadeaban hacia mí desde cada mitad de cuerpo, y los labios se movían, pareciendo pronunciar mi nombre. Me acerqué, mientras trataba de ignorar las vísceras de aquella terrible herida. Un graznido susurrante llegó a mi oído, burbujeando a través de la sangre que manaba incesante.

—Cuidado... Aquellos que siembran división en vida... aquí encontrarán la pena por sus pecados... Nunca habría... pensado esparcir discordia entre hermanos... Maldíceme ahora... pero no olvides... vivimos el Infierno que construimos...

Tembloroso, dejé la desafortunada alma detrás de mí, para continuar con mi escrutinio del Traidor, cavilando qué le habría llevado a juramentar su alma a Kuulima. Al final de nuestro viaje, conocería mejor a mi enigmático guía.

# VI

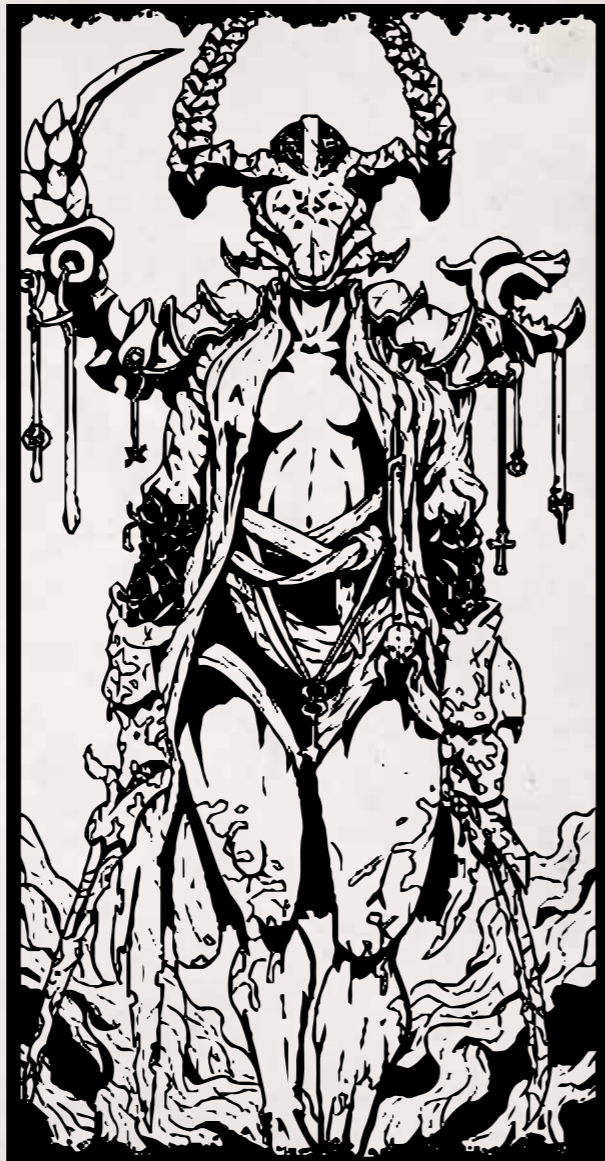
## El Final de la Gloria, el Lago de Sangre, Guardando la Historia

Oro y opulencia. Plata y portento. Joyas y júbilo. Parecía que toda la gloria del mundo estaba expuesta como demostración en el Anillo de Savar. Un alarde para inducir asombro en cualquier observador. Ante toda su imponente majestuosidad, daba un paso más allá que cualquier sala del trono o tesoro. Más que una mera demostración, deseaba abrumar, hacer sentir minúsculos a los suplicantes ante tal supremacía, impresionar sobre su insignificancia mientras infunde el anhelo de conseguir algún fragmento del mismo prestigio.

En un rato, según mis ojos se ajustaban a la más oscura de las noches, empecé a observar detalles pasados por alto a primera vista. Ninguna ornamentación palaciega jamás expresó la desdicha causada por su adquisición de un modo tan explícito. La sangre manchaba muchas de las gemas, los estandartes estaban rasgados como trofeos saqueados de sus dueños, armaduras y yelmos estaban mellados por terribles golpes. Esto no era orgullo ganado, si no más bien orgullo tomado, impuesto sobre un débil mundo.

Los demonios aquí reflejaban el comportamiento de su amo, sin ser menos altivos de lo que habría esperado. Nuestra presencia fue apenas advertida mientras atravesamos su reino, meros insectos sobre el lomo de una bestia indiferente. A diferencia de muchos de mis otros encuentros en este extraño mundo, sus formas ni cambiaban ni se nublaban. La confianza y seguridad resultaban evidentes en sus formas inquebrantables, adornadas por una corona sobre cada cabeza, todos reyes, bajo su propio juicio.

Con el tiempo, nos adentramos en las tierras de Savar, llegando a un gran lago de líquido rojo oscuro que emitía un terrible calor. La superficie burbujeante estaba interrumpida por una serie de montículos. Acercándome más, se tornaron en cabezas, apenas visibles a través del vapor, bocas retorcidas en una agonía silenciosa. Prestando más atención, pude



identificar sus orejas puntiagudas, pelo suelto y claros ojos, aquellos atractivos pómulos y piel pálida deformados por el dolor.

Viendo mi semblante escrutador, el Traidor vino a mi lado del lago, mirando con desdén hacia la escena ante nosotros.

—Hace tiempo veían su sangre como un símbolo de estatus superior. Sospecho que la ironía de su



desgracia se pierde con ellos, pero el humor de Savar nunca beneficia al ajeno. Existen algunos entre ellos que incluso cuestionan que los elfos puedan sucumbir a estas tentaciones. Absurdo. Cada criatura viva tiene deseos, y el deseo es la puerta a través de la que entran los Dioses Oscuros.

Considerando sus palabras, pensé en las muchas almas del Abismo. Ciertamente la humanidad tiene su lugar aquí. Pero incluso para las llamadas Razas Antiguas que hablan de la debilidad humana, ningún pueblo es inmune a las promesas de poder. Durante mi viaje observaría elfos, así como enanos, ogros, bestias, orcos y todo tipo de criaturas. Cada una de ellas había juramentado su alma a un Dios Oscuro, y tras su muerte, la deuda era cobrada.

Perdido en mi pensamiento mientras andaba, casi pasé por alto el suave susurro de mi nombre. Mirando alrededor mío, me encontraba en un bosque de estatuas, cada una más exquisitamente tallada que la anterior. Éstas no eran meros retratos de artistas; cada fallo, cada imperfección estaban perfectamente lúcidos. Inmediatamente reconocí una cara familiar - aunque ninguna que hubiera imaginado ver personificada en marmol. Glauco Carbo había sido un banquero de un linaje tan viejo como Pontefreddo misma. Su familia reclamaba haber acuñado la primera moneda reconocida y aceptada a lo largo de Vetia. Mas cuando la familia Carbo entró en bancarrota y Glauco adulteró monedas para mantener las apariencias, el descubrimiento arruinó su reputación para siempre.

Estudiando la escultura, me llevó tiempo discernir qué no cuadraba. Solo cuando parpadearon vi los ojos del Glauco que había conocido, muchos años atrás. Desde la boca abierta de la efigie susurró la suave voz que había escuchado años ha, apenas audible, aunque claramente suplicante.

—Nazario... Tu caminas libremente, donde nunca habría imaginado ver una cara familiar... Por favor, ¿Es mi familia todavía próspera? ¿Todavía se pronuncia mi nombre? Mis monedas, ¿Pasan aún de mano en mano?"

Ante mi duda, sus ojos se abrieron ampliamente - toda la expresión que pudiese reunir en su posición.

—Si vuelves, por favor, cuenta a mis parientes que lo hice todo por ellos. Pídeles que pronuncien mi nombre, para que pueda tener mi lugar en el Gran Salón. Te lo ruego, no dejes a mi nombre caer...



Con un estruendo, la estatua se derrumbó bajo la influencia del hombro armado del Traidor. Una sonrisa cruel se dibujó en su rostro mientras contemplaba al antiguo banquero esculpido a mano. Llamándome con un gesto, continuamos hacia los límites del Anillo de Savar.

—Algunas almas mantienen el aspecto de su dignidad e identidad aquí. Otras, como este gusano gimoteante, no son pues sombras, No me extraña que fallaran el juicio del Guerrero. La ascensión espera a aquellos con una voluntad férrea, y muchos entre los que se creen poderosos están a un solo paso de su caída.

Acababa de contemplar la caída de una dinastía, y una pregunta rondaba en mi cabeza. ¿Qué contratiempo había sufrido el Traidor? ¿Qué le había guiado aquí, a atravesar los Anillos del Abismo, donde todos parecían conocerlo? Él seguía siendo un enigma para mí, mas uno que estaba determinado a descifrar.

# VII

## El Viento Negro, Hielo y Fuego, Aprisionamiento Seductor

Al cruzar el umbral del Anillo de Cibareash, la oscuridad nos envolvió y se aferró a nosotros suavemente como un manto. Un viento negro se arremolinaba alrededor nuestro, portando gemidos de éxtasis y agonía a cada ráfaga, junto con una brisa fría como una mano llegada de ultratumba.

Tambaleándonos hacia delante, emergimos de la oscuridad y salimos a un paisaje salpicado de tonalidades violáceas y rojas. En el cielo había una neblina; que con cada inhalación me hacía sentir aturdido, mi mente nadaba de un pensamiento a otro, hasta que el tiempo pareció doblarse y estirarse.

En mi estupor me encontré saliendo del camino, hacia unas figuras difuminadas y nebulosas que se adentraban en la oscuridad. Contorsionándose en desconcertantes y seductoras formas, me provocaban haciendo señas con los dedos para que me acercase, pareciendo estar siempre cerca pero quedando siempre fuera de mi alcance.

Una brizna de realidad volvió en un destello de dolor, cuando un frío guantelete de acero me golpeó el hombro. Estiré mis lastimeros dedos en un último intento de tocar a mis vaporosas pretendientes, pero el agarre del Traidor me trajo de vuelta. Con el tiempo, llegamos a un lugar donde clareaba y volví a mi ser al ser empujado contra una superficie congelada. Mi salvador dio un paso atrás, negando con la cabeza ante mi desorientación. Mirando sobre mi hombro, su expresión se tornó en una sonrisa cruel.

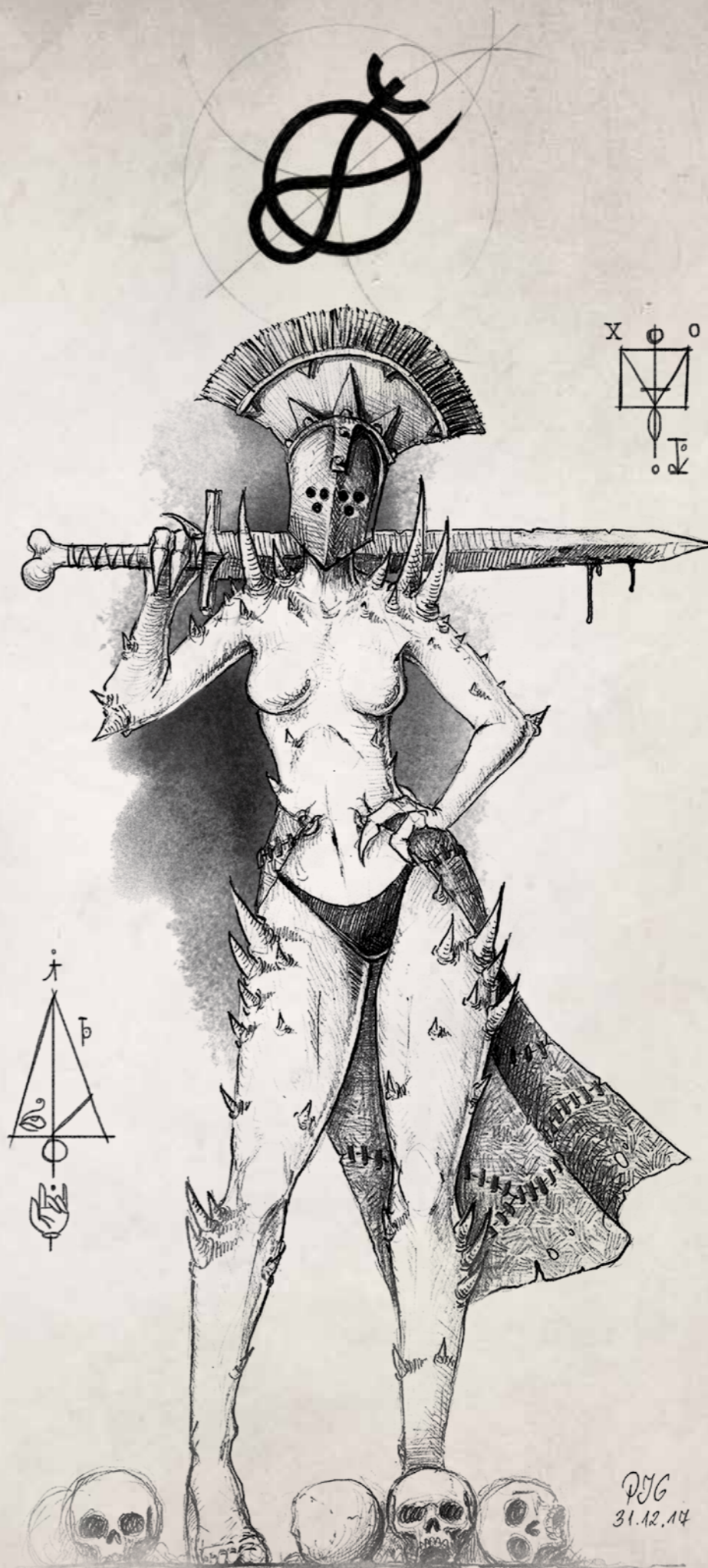
Girándome, me encaramé de nuevo en pié, comprobando que el frío objeto era un bloque de hielo, suficientemente transparente para permitir ver los cuerpos desnudos en su interior.

Cada forma estaba contorsionada en posiciones eróticas, separados escasas pulgadas entre sí, mas inmóviles en su lugar, el calor de su pasión eternamente congelado. Supe, sin necesitar prueba alguna, que cada alma era todavía consciente de su apuro. Me estremecí ante el aire gélido y la agonía de los anhelos insatisfechos.

Según caminábamos por el embriagador entorno, fui confrontado por interminables escenas de desenfreno. La fornicación en todas combinaciones imaginables, una exposición de dolor y placer, nunca el uno sin el otro. Al final, esta atroz exhibición capturó todos mis sentidos hasta ser insensibilizado ante el desfile de la carne infinita.

Para cuando alcanzamos los confines de este Anillo, me sentí intoxicado. Mi cabeza nadaba, el camino parecía desvanecerse ante mis ojos. Nunca antes me había sentido tan inseguro de la senda ante mí. Solo al salir finalmente aclare la mente y recuperé la claridad. Cibareash no otorga placer sin propósito. A su dominio son arrojados aquellos que fallan en su promesa, aquellos que carecen de la voluntad para evitar las tentaciones que aparecen en su camino y torcer el mundo a sus deseos.

Atravesando esa llanura de seducción, había concluido, aunque solo para mí mismo, que poseía la determinación para llegar al final del viaje. Incluso ahora, no tenía claro cómo terminaría, aunque supe con clarividencia que mi tiempo en el Reino Inmortal era finito, y no permanecería allí por mucho tiempo. Solamente esperaba poder llevarme conmigo una parte del poder que me rodeaba. Incluso el más insignificante fragmento podría darme una gran ventaja sobre todos mis rivales.



# VIII

## El Camino Bloqueado, La Atalaya Vigía, Las Bocas del Infierno

Entrar en el Círculo de Vanadra era parecido a entrar en una forja. El mismo aire daba punzadas en la piel, sin importar cómo me moviese, no encontraba alivio. Sentí como mis manos se contraían involuntariamente, tensa la mandíbula, el cuello torcido... la primera percepción de movimiento tras de mí, me hizo volverme hacia el Traidor, mi puño alzado desafiante.

Pareció sorprendido por un largo momento. Luego estalló en una gran carcajada, un penetrante sonido chirriante, tambaleándose mientras se agarraba el torso. Tomó aliento, sin signo de afección aparente ante el calor asfixiante del que yo no podía escapar, antes de finalmente recuperar la voz de nuevo:

—¡Quién lo habría imaginado, el cachorrito enseña los dientes! Casi creí que me ibas a golpear... Aun así, supongo que yo más que nadie debería saber que ningún alma está a salvo.

Con esto quedó en silencio, perdido en sí mismo, la mirada distante, ausente. Mientras tanto empecé a fijarme en los alrededores - cualquier cosa para evitar el ridículo que había protagonizado ante mi guía. A lo lejos en la lejanía, pero a una distancia a la que aún era posible discernir cosas, una torre se alzaba alta, iluminada con llamas en lo alto. Y tras esta atalaya, una forma se movía. Una forma imposible...

Sin pensarlo, mis pies se encaminaron hacia el camino que me llevaría a ese enorme pináculo. La gravilla crujía bajo mis pies, aunque nunca había visto guijarros de ese tipo: decolorados de un blanco pálido, suaves, pero agrietados. Rechazando pensar en su origen, me decidí a fijar la mirada en mi destino, permitiendo a mis pies a encontrar su camino.

Pasé a través de una arcada acompañado por el sonido de los pasos del Traidor probando que me seguía. Si hubiese estado más alerta de mis alrededores, hubiera podido observar a los moradores de aquel lugar, encargados de custodiar la entrada de oscura piedra roja. El sonido de metal golpeando el suelo me hizo girarme, para encontrar

un rastrillo levadizo de hierro y cobre bloqueando la puerta. Al otro lado, el Traidor permanecía impassible como siempre. Sin embargo su expresión mostraba desdén, furia y algo más... algo que me mantuvo inquieto.

La siguiente cosa que vi, siguiendo la mirada de mi taciturno compañero, fueron los seres que guardaban las almenas de aquella pared. Criaturas endiabladas y pícaras que arañaban las paredes, dejando marcas en la misma piedra, ladraban y aullaban hacia el Guerrero que estaba bajo ellas. Entre sus guturales vocalizaciones, empecé a discernir esbozos de discurso gruñidos entre afilados dientes.

—Traidor. —Impío. —Te maldigo. —Perteneces a Vanadra. —Traidor. —Pronto. —Danos tu alma. —Nunca partirás. —Saborea tu traición.

Así como sus gritos iban increscendo, se unió una criatura mucho más imponente, una desgarradora masa de bronce, su movimiento me recordó a una gran bestia. Cuando se aproximó al parapeto, los demonios menores callaron, separándose ante él. Saltó desde las alturas, aterrizando pesadamente a mi lado de la barrera, encarándose hacia el Traidor. Su voz repicó como una campana, produciendo un eco sonoro.

—No deberías haber venido, traidor. Conoces el destino de los de tu calaña. Más pronto o más tarde, Vanadra siempre toma lo que es suyo. El camino hacia adelante está bloqueado. El camino hacia atrás también. El Adversario debe pagar.

Sus palabras pasaron sobre la figura embotada en armadura, quien permanecía de pie, con los brazos cruzados, sopesando la situación.

—Jorguuk, ¿no es así? —El Traidor sonrió mientras el demonio retrocedía ante el nombre recientemente pronunciado. —Yo nunca olvido un aura. Seamos claros, Yo estoy aquí a las órdenes del Uno sobre ambos, incluso sobre tu Señora. ¿Crees que yo vendría a este... foso... sin causa mayor? Ahora, libera mi camino, o se



el responsable de que Ella pierda su favor.

Observé silenciosamente mientras la forma de Jorguuk cambiaba múltiples veces, cada vez adquiriendo un tamaño mayor, encorvándose: un gigante embotado en armadura preparado para cargar. Cuando pensaba que la violencia sería inevitable, se rindió. Sin mediar palabra, su figura, volviendo a su antiguo aspecto, echó a galopar y se alejó en la distancia. Sobre nosotros, los aullantes demonios se dispersaron en todas direcciones, y quedamos solos una vez más.

Gruñendo amargamente, mi escolta apuntaló y levantó el rastrillo, y pasó bajo el mismo, antes de que cayera cerrándose de nuevo.

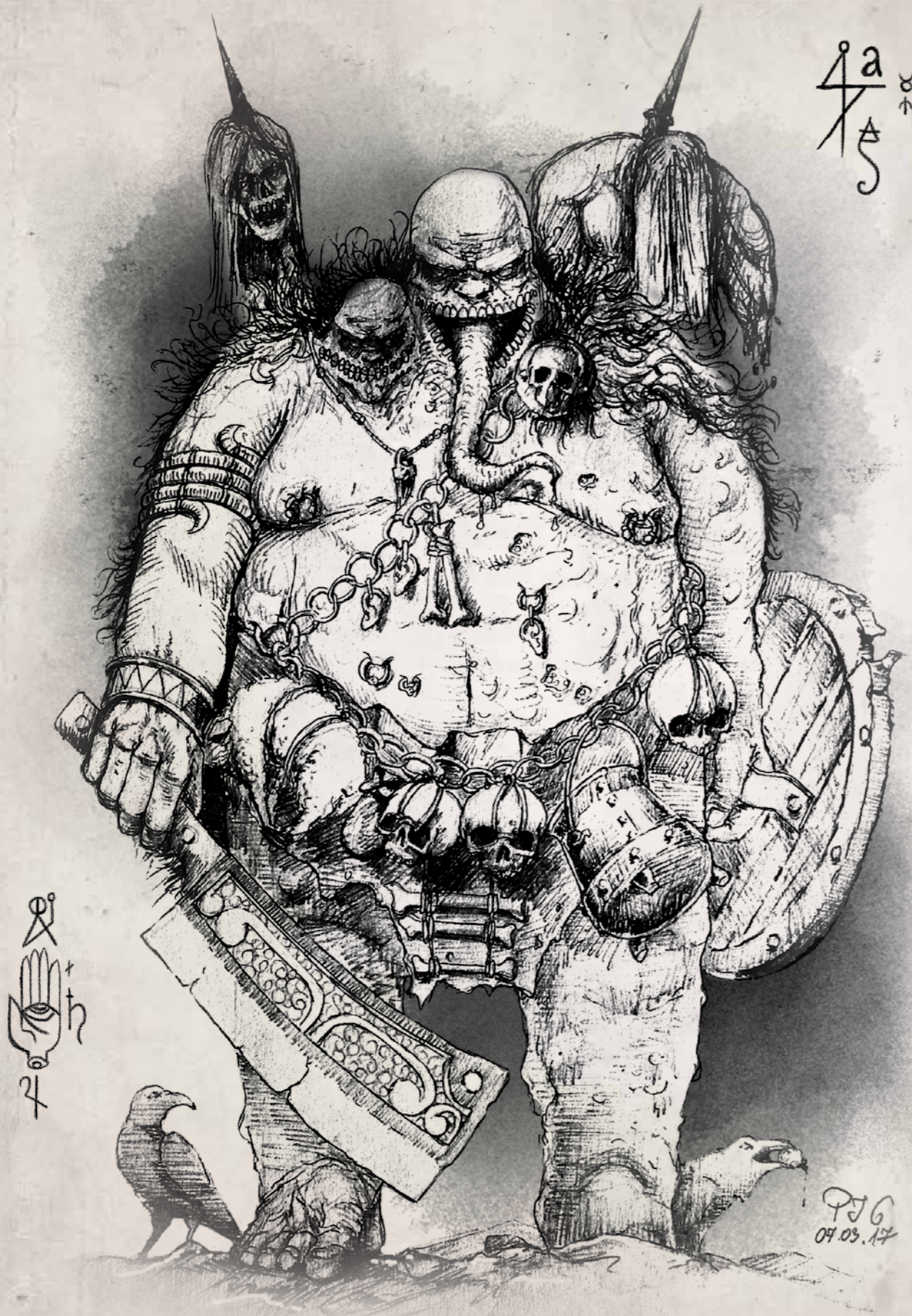
—Pese a que la realidad pueda ser moldeada a voluntad en este Reino, la mente mortal todavía ve y siente lo que presupone. Incluso tras siglos de adaptación. Algún día, seré capaz de moldear este lugar como hacen los más poderosos. Quizás ese día no quede muy lejos.

Retomando nuestro viaje una vez más, continué evaluando el hombre a mi lado. Su compostura era la de un líder, un comandante, alguien que inspiraba respeto. Me costaba conjugar esto con su lealtad a Kuulima. ¿Qué característica de persona o ente envidiaría este hombre? Sin embargo algo lo había conducido a pronunciar su juramento y a aliarse con la Dama de las Moscas. Sentí que mi tiempo para descifrar el enigma se estaba acabando. Él habló una vez más:

—La Fortaleza de Dal-Magoth. Nos acercamos al final.

Así como la distancia entre medias había desaparecido, nos encontramos frente a la torre que había vislumbrado en la lejanía. Circundando las paredes de esa imponente columna de piedra, la legendaria fortaleza de Vanadra, una trayectoria escalonada dirigía hacia arriba en una aparente espiral sin fin. Mas no pude siquiera echar un vistazo para comprobar a dónde llevaba, pues mi mirada quedó fija inexorablemente en la





sombra de una forma colosal, alzándose en la oscuridad reinante en el horizonte.

Ya no puedo recordar gran cosa de aquella aterradora criatura. Como si hubiese leído un tomo entero en una hora, o como guardar agua en mis manos, la visión se desvanece incluso ahora. El tamaño no siempre denota el poderío de un demonio, pero dominar un anillo del Infierno como esta entidad hacía, resultaba sobrecogedor. La más pequeña pista de una garra, el fin de un hueso quizás perteneciente a un ala. Más que esto se escapa de mi mente, o quizá esté más allá de mi cordura para recordarlo.

Sin embargo, un detalle quedó indeleblemente grabado en mi mente: tres fauces, cada una junto a la otra, abiertas



de par en par e ineludibles. Amplias, pero constrictoras. En el interior de las dos gargantas en los extremos, figuras se retorcían. Cualquiera fuese la agonía que las ataba, no tenía fin ni cambio, un tormento interminable.

La boca central estaba vacía, un cavernoso y abierto abismo que convocaba a un ocupante. Cuando finalmente volví en mí, fui consciente de que no era el único absorto ante la escena ante mí. A mi lado, el Traidor miraba fijamente, y sobre su cara se vislumbraba un temor el cual nunca habría creído propio de él. Miedo genuino: algo vio ahí que sacudió su habitualmente inquebrantable confianza.

En ese momento, con toda nuestra atención dirigida al monstruo ante nosotros, ni yo ni mi guía fuimos lo

suficientemente conscientes para advertir que alguien se nos había unido. Cuando Jorguuk habló, ambos saltamos para encararnos a él, la espada del Traidor desenvainada rápida como el pensamiento.

—¿Ahora lo ves, no es así? ¿Tu fin? Este lugar existe para castigar a los impíos, mas aún más para aquellos que traicionan a su propia gente, un destino especial yace esperándote. ¿Reconoces a los otros? Allí yace el Pontífice Ursino Del Mastro, quien abrió las puertas de Avras para Gaius Dexion. Y allí, al otro lado: Sturd, el jefe goblin que maldijo al Gran Orco en la Era Dorada. Pero todavía hay sitio para ti, la joya de la corona aún por recaudar.

»Tú no estás juramentado a Vanadra. Pero tampoco lo estaban esos desgraciados. Una vez sus deudas fueron pagadas, y sus maestros reclamaron sus almas. ¿Crees que alguien privaría a mi Señora de su deseo? El coste puede haber sido alto, pero Ella reserva un recargo especial para los traidores legendarios. Antes o después, cuando la muerte te encuentre, Ella estará esperando. ¡Y yo me regocijaré mientras te devora!

Finalmente, tras mucha espera, el hechizo se rompió, mi compañero entró en acción. Empujándome hacia las escaleras, se interpuso frente al demonio de bronce.

—Todavía no estoy muerto, Jorguuk. Otros han intentado acabar conmigo por una Era. Fracasaron. Tengo la intención de regresar del Abismo victorioso. El juicio se acerca, y no seréis tú, ni tu amada, los responsables de juzgarme. Ahora, dile a tu Dama que ella no me tendrá este día. ¡Y si encuentro mi camino, ningún día por venir!

Con esto, nos apresuramos a subir las escaleras. Tras nosotros, un gran rugido de furia sacudió el suelo bajo nuestros pies, y tuve que llevar mis manos a los oídos para contener el dolor punzante que causaba en mi sien. Nuestro ritmo, sin embargo, no bajó, y por un tiempo interminable, mantenerlo peldaño tras peldaño era mi única preocupación. Finalmente, una brisa de aire empezó a marcar el fin de este largo viaje, y el regreso a un mundo que nunca vería con los mismos ojos.

# IX

## Nazario regresa a Vetia, el Traidor desenmascarado

Tras una escalada sin fin, emergí sobre la ladera donde había caído dormido lo que parecía hace una vida. La verde pradera bajo mis pies, el claro cielo azul en lo alto, la brisa fresca en mi mejilla y el sonido del canto de un ave en mis oídos, este era un lugar verdaderamente idílico. Sin embargo lo que más me chocó fue la simple mundanidad del entorno a mi alrededor. Bello aunque predecible, vibrante aunque de alguna manera descolorido. Al desviar la mirada y volver a mirar al mismo sitio, las cosas estaban tal y como las había dejado, nada había cambiado. Incluso las bamboleantes briznas de hierba parecían una pintura congelada, comparado con el reino que había dejado atrás.

Unos pasos pesados a mi lado me recordaron que no estaba solo en el inmóvil paisaje. El Traidor miraba impasible a nuestro alrededor, claramente indiferente por una transición que había experimentado muchas veces antes. Aun así, permaneció en pie, mentón alto, aparentando beber en el aire fresco. Yo esperaba que me abandonase inmediatamente, sin embargo ahí seguía. Cuando hablé, fué con un tono que me sorprendió, acostumbrado como estaba a su ecuanimidad.

—Vetia. Tiempo ha desde que respiré su aire. Por siglos he retrasado mi retorno a la tierra que me exilió. Pero el tiempo de mi juicio se acerca. Para bien o para mal, el mundo recordará mi nombre. Los Askar recordarán su ancestro. El Asesino de la Doncella del Sol marchará una vez más.

Con esto, las piezas del puzle encajaron al fin. Conocí la identidad de mi guía, y el honor que me había sido concedido. En mi mente empecé a redactar las muchas historias que contaría, con este texto siendo el primero. Sentí que el momento requería algún ritual.

—Traidor, te doy las gracias por tu guía en mi viaje. Entiendo ahora el camino que el Padre puso ante mí. Divulgare la historia de esta magnificencia, y atraeré a otros a acrecentar sus filas. Cada alma dedicada a su causa sabrá de tu leyenda. Te deseo suerte en el reto por venir.

El Traidor me miró fijamente por un largo momento, antes de que rompiese el silencio con un resoplido.

—Que el Padre me libre de poetas. Muy bien, Nazario. Te deseo lo mejor también. Sinceramente, estoy sorprendido de que hayas sobrevivido al viaje; has probado posees la voluntad para prosperar. Aprende bien las lecciones de tu viaje y habla de la causa a aquellos con fuerza para escuchar.

Con esto, se alejó a zancadas, y antes de que lo perdiese de vista, no pude ver ningún rastro de él. Me desesperé y preparé para la caminata de vuelta a Pontefreddo. Tenía una misión ahora, una causa por la que luchar. También tenía un aliado, o por lo menos un socio. La próxima vez que oigas el nombre del Traidor, espera que algo grande ocurra. Las pruebas del Padre raramente son triviales, y la suya hará temblar nuestro mundo.



